

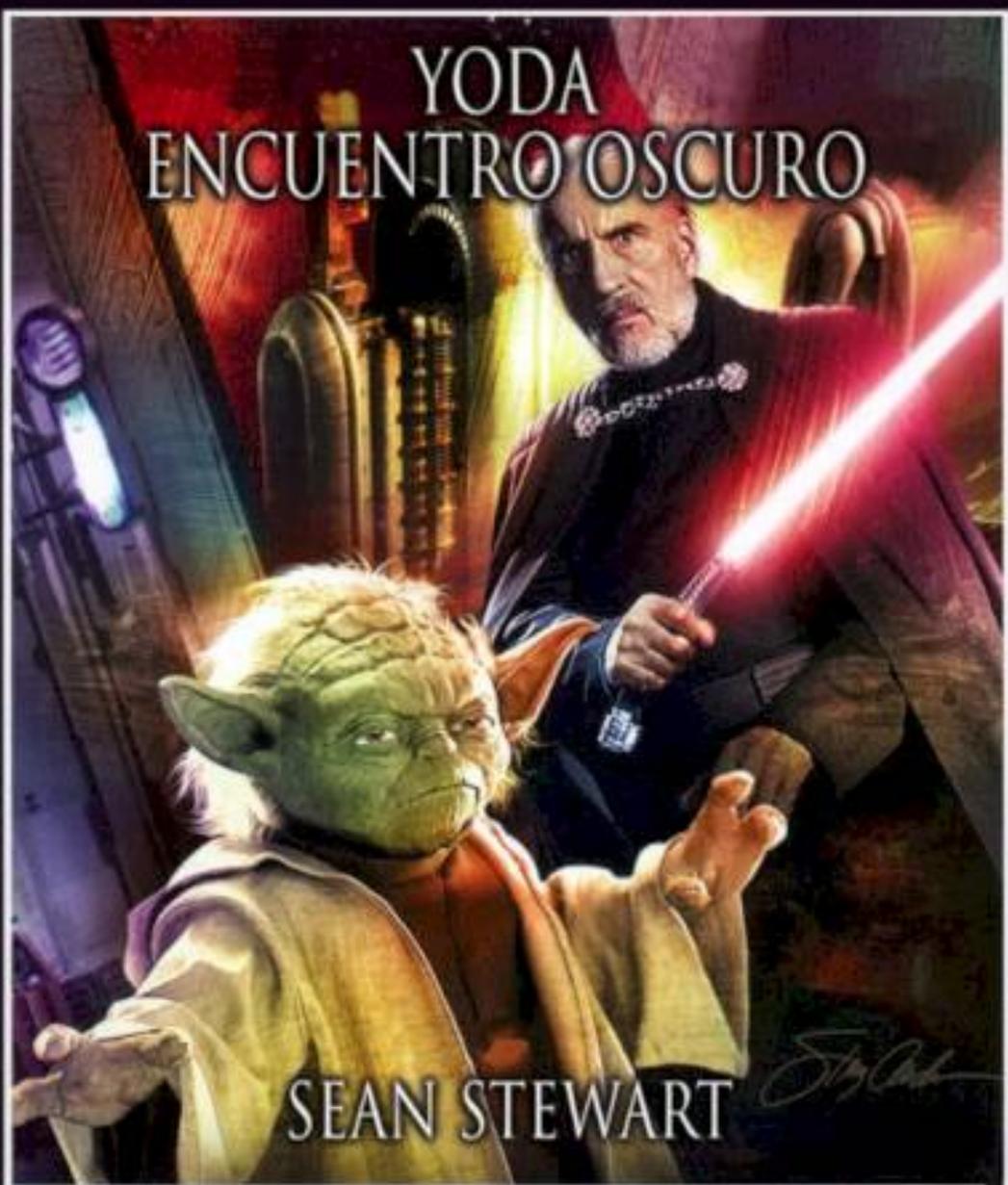
BIBLIOTECA

# STAR WARS™



LAS GUERRAS CLON

## YODA ENCUENTRO OSCURO



SEAN STEWART

A medida que se recrudecen las Guerras Clon, el Maestro Jedi Yoda debe volver a enfrentarse a uno de sus mayores adversarios: el Conde Dooku.

El salvajismo de las Guerras Clon ha conducido a la República al borde del colapso. Un Caballero Jedi escapa de la carnicería para entregar un mensaje a Yoda: Dooku dice querer la paz y solicita un encuentro. Hay pocas probabilidades de que el traicionero Conde sea sincero, pero hay millones de vidas en juego y Yoda no tiene otra salida que acudir al encuentro.

La reunión será en Vjun, un planeta bañado en maldad. El reto no puede ser más difícil. ¿Podría arrancar Yoda a su antiguo pupilo de las garras del Lado Oscuro, o lanzará el Conde Dooku sus siniestras fuerzas contra su antiguo Maestro? Sea cual sea el caso, Yoda está seguro de una cosa:

Será una de las batallas más feroces que libraré nunca.

Para Caitlin y Rose,  
tan listas y valientes como cualquier padawan,  
y para Christine,  
mi compañera de aventuras y guía en esta galaxia,  
y en todas las demás.

## CAPÍTULO 1

El sol se ponía en Coruscant. Las sombras se desplazaban como aguas negras, llenando los callejones para luego trepar por los edificios como una marea de tinieblas, buscando ahogar la capital. A medida que el sol se deslizaba bajo el horizonte, la penumbra del atardecer se propagaba por distritos comerciales y centros médicos, reptando como una mancha oscura por los muros de la residencia del Canciller. Muy pronto, sólo los tejados brillarían dorados con la última luz amarilla del día, antes de ser conquistados por las sombras que barrerían los pináculos del edificio del Senado y las torres del Templo Jedi. El largo día de la República había llegado a su fin.

El crepúsculo había llegado a Coruscant.

Una noche sin luna de un millón de años estándar antes, antes incluso de la aparición de los seres inteligentes, la llegada del atardecer habría significado la llegada de la oscuridad absoluta, dejando aparte la lejana incandescencia de las estrellas. Pero no ahora. Ni siquiera en medio de una guerra galáctica dejaba Coruscant de ser el ardiente corazón de la mayor civilización de la historia de la galaxia. A medida que el sol se retiraba, la gran ciudad se iluminaba con innumerables luces. Los deslizadores se desplazaban entre altas torres como luciernomoscas revoloteando por prados de transpariacero. En las calles cobraban vida carteles luminosos que guiñaban promesas a los viandantes de

la noche. Las luces se asomaban a las ventanas de apartamentos, tiendas y oficinas.

*La vida continúa pese a la oscuridad reinante*, pensó la senadora Padmé Amidala, mirando por la ventana. *Cada vida individual arde valientemente, como una vela alzada para ahuyentar la noche*. Mantuvo la mirada fija en la plataforma de aterrizaje del espaciopuerto del Templo Jedi.

—No es un lujo —dijo.

Una doncella se volvió y la miró, desconcertada.

—¿Perdón?

—La esperanza. No es un lujo. Es nuestro deber —dijo Padmé.

La doncella empezó a tartamudear una réplica, pero Padmé la interrumpió en seco.

—Está aterrizando alguien.

Una nave correo se posó como una libélula en la plataforma más cercana al Templo, con luces ardiendo en la cola y la punta de las alas. Padmé cogió unos macrobinoculares y los graduó en visión nocturna, intentando leer la designación en el costado marcado por el combate. Buscando a la figura encapuchada que descendía de la cabina.

—¿Señora?

Padmé bajó despacio los macrobinoculares.

—No es él —dijo.

\* \* \*

El técnico jefe Boz Addle sentía cariño por todas las naves que tenía a su cargo, pero sentía un afecto especial por los esbeltos correos. Pasó una mano enguantada por el flanco metálico del veloz correo Hoersch-Kessel clase Selta-ya llamado *Límites de la Visión*, que acababa de volver a la base.

—Chispazos eléctricos, marcas de meteoritos, quemaduras de cañón láser —murmuró. Su mano se detuvo ante

un feo corte donde se había quemado y desprendido parte del laminado protector, descubriendo una masa de cables fundidos acribillados de metralla—. Y, si no me equivoco, encima recibiste unas cuantas descargas de protones.

El Maestro Jedi Jai Maruk bajó de la cabina. Tenía el rostro demacrado, cosido por cortes de metralla y marcado por una fea quemadura cuya carne chamuscada le atravesaba la mejilla en línea recta. La piel medio curada en el frenético viaje de vuelta tenía ampollas y estaba tensa, tirando de una comisura de la boca. El técnico jefe le miró con seriedad.

—Prometí devolverme la nave sin un arañazo, Maestro Maruk.

—Mentí —repuso con una desagradable sonrisa.

El médico de servicio se acercó, afanoso.

—Deje que le examine. —Se interrumpió, mirando fijamente la quemadura en la mejilla del Jedi—. ¡Maestro Maruk! ¿Cómo...?

—Ahora no hay tiempo para eso. Debo hablar enseguida con el Consejo Jedi... o, al menos, con los miembros que queden de él...

—Pero Maestro Maruk...

El Jedi lo rechazó con un gesto.

—Perdona, médico, pero no es el momento. Tengo que entregar un mensaje que no puede esperar, y me han dejado, a propósito, en un estado lo bastante bueno como para entregarlo.

Volvió a sonreír de forma desagradable y se alejó dando zancadas y parándose sólo en las puertas del hangar.

—Jefe Boz —dijo con más amabilidad.

—¿Sí, Maestro?

—Siento lo de la nave.

El médico y el técnico jefe estaban uno al lado del otro, en la plataforma de descenso, y vieron cómo se alejaba.

—¿Es una quemadura de sable láser? —preguntó Boz.

El médico asintió con ojos muy abiertos.

El técnico jefe escupió pensativo al suelo.  
—Me lo había parecido.

\* \* \*

Como si fueran una poderosa mano, las Guerras Clon habían arrojado a los Jedi por toda la galaxia, así que en el Templo sólo podían encontrarse a unos pocos Caballeros Jedi veteranos. Por supuesto, Yoda, como Maestro de la Orden y consejero militar del Canciller, estaba casi siempre en Coruscant. Esta noche, sólo dos más se unieron a él para oír la historia de Jai Maruk: la Maestra Ilena Xan, amiga íntima de Jai Maruk y apodada *Mano de Hierro* por los estudiantes a los que enseñaba combate cuerpo a cuerpo, cuya especialidad eran las llaves en las articulaciones; y Mace Windu, miembro del Consejo Jedi y demasiado intimidador como para tener apodosos.

—Estábamos haciendo un reconocimiento por el Borde Exterior —dijo Jai—. Creíamos que pasaba algo raro en las cercanías de la Vía Hydiana. No paraban de pasar pequeños transportes anónimos, dejando un rastro intermitente que entraba y salía de la región Weyland. Eso no era del todo anormal, ya que la región está controlada por la Federación de Comercio..., pero las entradas eran en coordenadas extrañas. En trayectorias desde el espacio profundo, y no de tráfico local. Tuve un presentimiento, y disfracé un transporte clon con colores piratas y lo envié a interceptarlas. Resultó que la pequeña lanzadera comercial tenía tantas sorpresas como un jakrab neimoidiano. Disparó una descarga de plasma y saltó al hiperespacio un instante después.

El arrugado ceño del Maestro Yoda se alisó.

—Con piel de nerf este dragón krayt se ocultaba.

—Exacto.

El Maestro Jai Maruk se miró la mano derecha, que le temblaba. Una fea quemadura le atravesaba la palma. Miró con firmeza la mano. El temblor se detuvo.

Una joven padawan, una chica pelirroja de unos catorce años, entró en la sala con una jarra de agua y vasos sobre una bandeja. Hizo una reverencia y los colocó en una mesita baja. La Maestra Xan llenó un vaso de agua y se lo entregó a Jai. Éste miró la piel cristalina y rezumante de la palma de su mano quemada, la forzó a cerrarse sobre el vaso y bebió.

—La Federación de Comercio transportaba algo importante a la Vía Hydiana —continuó Jai—. ¿El qué? No era maquinaria nueva; en la zona no había concentraciones de tropas importantes. ¿Y a qué venía tanto disimulo? Podían llevar con orgullo los colores de su flota, ya que espantarían a cualquier pirata o bucanero casual, como los que fingieron ser mis pobres soldados clon.

—Será algo cuya presencia no quieren que conozcamos —dijo Ilena.

Mace estudió la quemadura de sable láser de la mejilla de Maruk.

—O alguien.

Yoda golpeó el suelo de la Cámara del Consejo con su bastón.

—A uno de esos krayt seguiste.

—Pero te capturaron —dijo Mace.

El rostro de Jai se tensó.

—Lo seguí hasta su cita en Vjun.

El Maestro Yoda se agitó y negó con la cabeza. Los otros le miraron.

—Grande en el Lado Oscuro Vjun es —murmuró—. ¿Las historias conocéis?

Todos le miraron inexpresivos.

Las comisuras de la boca de Yoda se torcieron hacia abajo.

—Prueba de la vejez recordar es qué cosa a qué jóvenes oídos se ha dicho. Pero él lo sabe; recuerdo que de ello le hablé cuando sólo un padawan era...

Los otros Jedi le miraron.

—¿Quién lo sabe? —preguntó la Maestra Xan.

Yoda descartó la pregunta con un agitar de su bastón.

—Eso no importa. Continúa, Maestro Maruk.

Jai tomó otro sorbo de agua.

—Al principio me mantuve junto al sol, ocultándome de mi krayt, pero cuando permaneció en la superficie más tiempo del necesario para reponer combustible me arriesgué a seguirlo. Hice un aterrizaje a muchos kilómetros de distancia y os aseguro que manteniendo bajas las signaturas calóricas e IR... —Guardó silencio. La mano volvía a temblarle—. Dio igual. Ella me capturó.

—¿Ella? —preguntó la Maestra Xan.

—Asajj Ventress.

La padawan que había llevado el agua profirió una exclamación. Yoda la miró, frunciendo el rostro en una masa de severas arrugas. Sólo quienes le conocían bien habrían podido detectar el brillo de diversión en sus ojos.

—¡Jarras pequeñas traes y orejas grandes tienes! ¿Deberes por hacer no tienes, *Exploradora*?

—La verdad es que no —dijo ella—. Hemos acabado de cenar y no tengo nada urgente que hacer antes de mañana. Quiero decir que pretendía practicar en la sala de entrenamiento, pero eso puede...

La chica se sonrojó y tartamudeó hasta callarse ante la mirada conjunta de los Maestros Jedi.

—Padawan *Exploradora*, me sorprende oírte decir que tienes tanto tiempo libre, dada la cercanía del Torneo de Aprendices —dijo Mace Windu deliberadamente—. No quisiera pensar que igual te aburres. ¿Quieres que te busque algo que hacer?

La chica tragó saliva.

—No, Maestro. No es necesario. Como usted dice, la práctica, debo... —Hizo una reverencia y salió de la sala de espaldas, deslizando la puerta hasta casi cerrarla para que sólo se pudiera ver uno de sus ojos verdes—. Pero en caso de necesitar ustedes alguna cosa, no duden en...

—*¡Exploradora!*

—¡Sí!

Y la puerta se cerró del todo con un chasquido.

Mace Windu meneó la cabeza.

—La Fuerza es débil en ella. No sé...

La Maestra Xan alzó la mano, y Mace guardó silencio. Los dedos de Xan eran realmente como el hierro, enfundados en músculo, con articulaciones nudosas por años de entrenamiento en el combate cuerpo a cuerpo. Agitó la mano en dirección a la puerta con un suave empujón de la Fuerza. La puerta tembló, y oyeron un chillido ahogado. Un momento después, unos pasos avergonzados se alejaban por el pasillo.

Mace Windu negó con la cabeza, impaciente.

—No sé lo que vio Chankar en ella.

—Ya no lo sabremos nunca —dijo Jai Maruk.

Todos callaron un momento para recordar a Chankar Kim, otra Jedi caída en el circo de Geonosis. Al principio se celebraron ceremonias y vigilias en memoria de aquella horrible matanza, pero el tiempo y la guerra habían hecho sangrar al Templo por más de una herida. Cada una o dos semanas llegaba otro informe hablando de otro camarada perdido en una batalla en Thustra, o que había volado en mil pedazos en el espacio de Wayland, o asesinado en una misión diplomática a Devaron.

—La verdad es que me sorprendió que llegaran a elegirla para padawan —dijo Mace.

La punta del bastón de Yoda trazó lentos círculos en el suelo de la cámara, como si agitase el fondo de un estanque visible sólo para sus ojos.

—¿A los Cuerpos Agrícolas se la debe enviar, crees?

—La verdad es que sí lo creo. —Una nota de simpatía asomó a la voz de Mace Windu—. No hay deshonor en ello. Cuando veo lo mucho que debe esforzarse para estar a la altura de niños varios años más jóvenes que ella... Quizá sería más bondadoso hacerla trabajar en su propio nivel.

Yoda inclinó la cabeza y le miró con curiosidad.

—Luchar la veo yo también, pero si la paras, te digo que «bondadosa» ella no será.

—Quizá no —dijo Jai Maruk con seriedad—, pero los niños no siempre quieren lo que es mejor para ellos.

—Ni los Maestros Jedi —dijo Yoda secamente.

El Jedi quemado continuó hablando.

—Seamos honestos. Admito que no todos los emparejamientos de Caballero Jedi y padawan son como Obi-Wan y Anakin, pero la realidad es que estamos en guerra. Enviar a un Jedi al combate con un padawan que no se sabe si puede defenderse solo es arriesgar innecesariamente dos vidas. Vidas que la República no puede permitirse malgastar.

—La Fuerza no es tan grande en *Exploradora* como debería serlo —concedió llena—, pero hace años que la tengo en mis clases. Su técnica es buena. Es lista y es leal. Lo intenta.

—No vale con intentarlo —dijo el Maestro Maruk, haciendo inconscientemente una imitación de Yoda por la que, hace toda una vida, fue muy popular entre los jóvenes del Templo Jedi—. Hay que hacerlo.

Los otros tres Jedi de la sala miraron a Yoda con aire culpable. Éste lanzó un bufido, pero alrededor de sus ojos se formaron arrugas de risa.

—Mmmm. En estudiantes pienso. Entonces mejor es ir al combate con aquel en quien la Fuerza sea más fuerte, ¿mmm? Con el joven Skywalker, ¿creéis?

—Está sin pulir —dijo llena.

—Y es demasiado impulsivo —añadió Mace.

—Mmmm. —Yoda volvió a hacer girar su bastón—. Entonces mejor sería con el estudiante más fuerte, ¿no? ¿Con el más sabio? ¿Con quien mejor domine los caminos de la Fuerza? —Asintió con la cabeza—. ¡El mejor Dooku sería! —Sus ojos se clavaron en los otros Jedi, y todos, uno a uno, apartaron la mirada—. ¡Nuestro mejor estudiante! —Las orejas de Yoda se irguieron antes de caer—. Nuestro mayor fracaso.

El anciano Maestro cojeó hasta la bandeja y se sirvió un vaso de agua.

—Basta ya. El resto de tu historia cuéntanos, Maestro Maruk.

—Ventress me encontró. Luchamos. Perdí —dijo Jai. La mano quemada volvía a temblarle—. Me quitó el sable láser. Me preparé para el golpe de gracia, pero en vez de eso me cogió prisionero. Me vendó los ojos y me metió en un deslizador para un corto viaje de no más de una hora. El Conde Dooku me esperaba cuando llegamos.

—¡Ah! —Mace Windu se inclinó hacia delante—. ¡Así que Dooku está en Vjun!

—¡Escapaste con vida de Dooku y Ventress! —dijo Ilena.

Una sonrisa sin alegría tiró de la mejilla quemada de Jai Maruk.

—No te confundas, estoy aquí porque Dooku ha querido que lo esté. Ventress me habría matado de poder hacerlo, y ella me lo dejó muy claro, pero Dooku quería un mensajero. Uno en quien pudiese «confiar» —dijo el Jedi, con voz cargada de ironía—. Uno que se presentara primero aquí, y no ante el Senado. Fue muy preciso en esto; debía entregar mi mensaje al Maestro Yoda, y sólo en el Templo, lejos de otros oídos.

—¿Y cuál era ese mensaje tan urgente? —dijo Mace Windu.

—Dice que quiere paz.

Jai Maruk miró las incrédulas caras de los Jedi y se encogió de hombros.

—¡Paz! —escupió la Maestra Xan—. ¡En Honoghr hay bioarmas masacrando inocentes por millones y él quiere paz! ¡La República se desintegra como los troncos en una fogata y él quiere paz! Puedo imaginarme con precisión qué clase de paz quiere.

—Dooku previó que podríamos mostrarnos, bueno, desconfiados —Jai Maruk buscó en un bolsillo bajo la capa—. Dijo que me enviaría de regreso con una ofrenda y una pregunta para el Maestro Yoda. La ofrenda era mi vida. Pero la pregunta era esto...

Sacó la mano del bolsillo y la abrió. En su temblorosa palma había una concha, una única y vulgar concha, como la que podía encontrar un niño en las playas de un centenar de mundos.

Los Jedi la miraron desconcertados, pero Yoda, por una vez, no se mostró tan sereno. Respiró hondo y frunció el ceño.

—¿Maestro? —Jai Maruk apartó la mirada de la concha en su mano temblorosa—. He llevado esta concha por media galaxia. Pero, ¿qué significa?

\* \* \*

Sesenta y tres años estándar antes. Es por la tarde y el cielo es azul oscuro sobre el extenso complejo del Templo Jedi. El cielo del crepúsculo se refleja en el ornamentado estanque que hay dentro de los amurallados jardines del Templo. El mejor estudiante de Yoda se sienta en una roca al borde del estanque, mirando al agua. En una mano sostiene una concha, y acaricia una y otra vez con el dedo la superficie lisa como el hueso. Ante él, insectos patinadores bailan sobre la superficie del agua con pies ligeros.

La atención del aprendiz se desplaza con ellos, bailando también en la superficie del silencio, patinando en la interminable profundidad de la Fuerza. Siempre había sido de

pies ligeros, y la Fuerza cede ante él, sosteniéndolo sin esfuerzo. Pero, por algún motivo, esta noche se siente triste y extrañamente poco ligero, como dándose cuenta por primera vez de lo fácil que le resultaría ver a su pie atravesar ese gran poder y hundirse en sus oscuras profundidades, ahogarse en ellas.

*Tick, tick, tchack. Tick, tick, tchack.* Pasos acercándose; uno, dos, y luego el golpeteo de un bastón sobre el camino de guijarros blancos. Una brillante linterna se acerca desde los aposentos de los Maestros, un borrón de luz moviéndose por entre la maraña de hojas y lianas del jardín. La presencia es familiar, y el estudiante puede sentir a Yoda y su vieja mente, tan cálida y luminosa como esa luz brillante, mucho antes de que la silueta del anciano doble el último recodo, y el gran Maestro de la Orden Jedi cojee lentamente hasta ponerse a su lado.

El estudiante sonrío e inclina la cabeza. Cuántas veces le había dicho Yoda, en las interminables horas de meditación o entrenamiento con el sable láser, que aunque no fuera necesario desplegar la forma externa de una posición o un ataque, siempre hay que sentir la intención de la misma en cada célula. Por tanto, esa leve inclinación de cabeza, tan casual, conlleva toda una vida de gratitud y respeto. También de miedo. Y de culpa.

El Gran Maestro de la Orden Jedi deja la linterna y cojea con esfuerzo hasta una roca, buscando un asidero con el que subirse a ella y sentarse resoplando junto a su estudiante, como un desgraciado gnomo de jardín. La sonrisa del estudiante se ensancha, pero sabe bien que no debe ofrecer su ayuda.

Yoda se aposenta en la piedra con una serie de gruñidos y movimientos, ajustándose el faldón de los ajados ropajes Jedi, dejando que sus pies cuelguen sobre la superficie del estanque. Los insectos patinadores corren bajo sus viejos dedos verdes, ajenos a la grandeza ligeramente peluda que pende sobre ellos.

—¿Pensativo estás, Dooku?

El estudiante no intenta negarlo.

—¿Miedo por la misión no tendrás?

—No, Maestro. —El estudiante se corrigió—. Al menos no por la misión.

—Confiado debes estar. Listo estás.

—Lo sé.

Yoda parece querer recuperar la linterna que ha dejado en el suelo. Mueve el bastón e intenta engancharla en el asa. Hace una mueca y la engancha una vez, dos veces, pero la linterna se le escapa. Gruñe, exasperado.

El estudiante coge la linterna con la Fuerza, empleando apenas un atisbo de atención, y la envía flotando hasta su Maestro.

—¿Por qué no utilizas el sistema fácil, Maestro? —pregunta, y sabe lo que se le avecina apenas cierra la boca.

—Porque fácil es —gruñe Yoda. El joven sabe que los estudiantes reciben de boca de Yoda muchas respuestas como ésa. *Pero no apartó la linterna, piensa Dooku.*

Permanecen sentados en el jardín. En alguna parte, fuera de su campo de visión, un pez rompe la superficie, antes de volver a hundirse en el agua.

Yoda da un golpecito al estudiante con el extremo del bastón, en gesto de compañerismo.

—¡Listo para partir ayer estabas!

—Y el mes pasado, y el año pasado, y el año antepasado. —Una sonrisa triste se ilumina y muere lentamente en Dooku—. *Pero ahora partiré de verdad...* —Mira a su alrededor—. No puedo recordar una época en la que no quisiera irme..., salir de aquí, viajar a las estrellas, ver el mundo. Pero, pese a ello, me gusta este lugar. Esto ha sido mi hogar. Tú has sido mi hogar.

—Y siéndolo seguiré —Yoda, aprobador, mira a la oscuridad de suave aroma de los jardines—. Siempre aquí estaremos. Hogar, sí..., en Alderaan dicen que «Hogar es donde cuando a la puerta llegas, dejarte entrar quieren». —Ol-